

# La última inmensidad

Isabel Soler

El mismo año en el que murió Ignacio de Loyola, 1556, iniciaba su reinado el Gran Mogol Akbar, descendiente del turco Tamerlán y del mongol Gengis Khan y consolidador del gran Estado del norte de la península indostánica, desde el Golfo de Bengala, al este de la India, hasta Irán y el Mar Rojo. Fue el mismo emperador musulmán que aprendió un saludo en portugués para ir a visitar a uno de sus consejeros espirituales, el jesuita catalán Antoni de Montserrat –o Monserrate–, que cayó enfermo mientras desempeñaba las funciones de embajador de Felipe II en la corte mogola de Lahore, en el actual Pakistán<sup>1</sup>. En noviembre de 1582 el religioso de Vic elaboró en buen portugués el primer documento occidental que describía la persona y el gobierno del gran emperador, *Relação do Equebar, rei dos mogores*<sup>2</sup>.

El padre Antoni de Montserrat llegó a la India en 1574 tras ejercer en Lisboa como vicerrector del colegio jesuita de Santo Antão; y poco después, en febrero de 1580, partió de la ciudad de Goa, capital del Estado Portugués de la India, en compañía del italiano Rodolfo Aquaviva y el portugués Francisco Henriques para representar a la primera embajada misionera en la corte de Akbar<sup>3</sup>. Fue el propio emperador quien, en 1579 y a través del

<sup>1</sup> J. L. Alay, *El secreto del Tíbet*, Barcelona: Museu Egipci de Barcelona, 2000, p. 134.

<sup>2</sup> António Monserrate, *Relação do Equebar, rei dos mogores*. En: Monumenta Historica Societatis Jesu. Documenta Indica, Ed. Joseph Wicky S. I. Roma: Institutum Historicum Societatis Jesu, 1970, vol. XII (1580-1583), Doc. 114, p. 648.

<sup>3</sup> Una breve referencia a la vida de Antoni de Montserrat se puede obtener en *El secreto del Tíbet: desvelando la civilización del Techo del Mundo. Exposición temporal, 14 de diciembre 2000 – 27 de mayo 2001*. Barcelona: Museu Egipci de Barcelona. Fundació Arqueològica Clos. Comisario Josep Lluís Alay. Aparte de las investigaciones de J. L. Alay, la historiografía occidental ha dedicado poco tiempo a estudiar el papel que representó el jesuita catalán en la historia de los contactos entre Oriente y Occidente. Cabe destacar: Himalaya. Sciences de la Terre. En: Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique. Sèvres -Paris, 7-10 Décembre 1976. París: CNRS, 1977, núm. 268. Honstein, H., «Father's A. Monserrate's Legationis Mongolical Comentarius». En: Proceedings Asiatic Society of Bengal, New Series. Londres: Asiatic Society of Bengal, 1991, vol. VIII, núm. 11, p. 136. Sunyer i Coma, Enric. «Antoni de Montserrat: autor de la primera descripció de l'Himalàia». En: Muntanya Centre Excursionista de Catalunya. Barcelona: Centre Excursionista de Catalunya, any CVI, núm. 721, vol. 89, juny 1982, p. 99-102.

virrey del Estado Portugués de la India António de Noronha, solicitó al rey Don Sebastião –que en aquel momento ya había desaparecido tras la batalla de Alcácer Quibir (Marruecos) en su anacrónica guerra santa al infiel– la visita de representantes cristianos a la capital mogola. Y quizás todavía no en nombre de Felipe II, primo de Don Sebastião y monarca de las dos coronas peninsulares a partir de 1580<sup>4</sup>, los jesuitas entregaron el octavo volumen de la Biblia Políglota editada en Anvers entre 1568 y 1573 como regalo ofrecido por la corona portuguesa al gobernante mogol. Parece que las ilustraciones que representaban los grandes acontecimientos bíblicos interesaron a Akbar hasta tal punto que pidió a sus artistas que adaptaran el nuevo estilo europeo a las composiciones tradicionales mogolas; influencia que perduró largo tiempo tras la visita de los jesuitas<sup>5</sup>.

No era la primera vez que el emperador se entrevistaba con europeos. Seis años antes, en 1572, los había encontrado en Cambay, cuando levantaba una campaña militar sobre Gujarat, en la costa noroccidental de la India, de la cual obtuvo el control del importante puerto mercantil de Surat y, en consecuencia, del comercio con la península arábiga, el Golfo Pérsico y Egipto. Un año después firmó un tratado con los gobernantes portugueses; y durante esos seis años que transcurrieron entre el primer contacto y la llegada de los jesuitas a la corte mogola, Akbar ganó la provincia más rica del norte de la península indostánica, Bengala, en la costa oriental –donde los portugueses tenían intereses tanto comerciales como religiosos–, y se proponía avanzar hacia Cachemira<sup>6</sup>.

Akbar era ya un gobernante poderoso cuando Montserrat llegó a Lahore. El mismo jesuita lo describe, tras un dibujo minucioso de su imagen física, como un hombre sagaz, prudente, de gran ánimo, valeroso en su persona; es llano y tratable, pero grave [...] No sabe leer ni escribir, pero es muy curioso y siempre tiene hombres letrados a su alrededor, a quienes manda que discutan entre sí de diversas materias y cuenten diversas historias. De hecho, a eso fue Montserrat a la corte del emperador, a discutir.

<sup>4</sup> *Antoni de Montserrat llega a la corte de Akbar en febrero de 1580 y Felipe II entra en Lisboa como nuevo monarca de España y Portugal en diciembre de ese mismo año.*

<sup>5</sup> *Cleveland Beach, Milo, Mughal and Rajput Painting. Cambridge: Cambridge University Press, 1992. The New Cambridge History of India, pp. 52-55.*

<sup>6</sup> *A su muerte, en 1605, Akbar dominaba un imperio que se extendía desde Bengala hasta Badakshán, controlaba las costas oriental y occidental del norte de la India y avanzaba hacia la India central. En cuarenta años había construido un imperio comparable al persa de la zona irania o al otomano que adelantaba posiciones por las costas etiópicas. Asimismo, había organizado una red de rutas fluviales y terrestres que conectaba los puertos marítimos con las grandes rutas caravaneras que se dirigían a Kabul, Samarcanda, el valle del Indo y la zona gujaratí. Percival Spear, Historia de la India, México: Fondo de Cultura Económica, 1969, vol. II, p. 34. Sanjay Subrahmanyam, O Império Asiático Português, 1500-1700: Uma História Política e Económica, Linda-a-Velha: Difel, 1995, pp. 208-209.*

Sin duda, Akbar era un hombre inteligente y hábil con las estrategias gubernamentales. Lo demostró al estructurar burocráticamente su imperio: ofreció autonomía, privilegio y lugares importantes en la administración a los *rajputs*, los representantes militares hindúes de la zona septentrional de la India, y les otorgó el mismo rango que a los nobles musulmanes que habían hecho posible la consolidación del imperio en décadas anteriores. Montserrat recogió en su *Relação* este procedimiento como rasgo positivo de la actitud política del emperador. Se aconseja privadamente por ciertos visires de su consejo pero toma las resoluciones por sí mismo [...] Y si alguno le pone alguna dificultad, lo escucha bien, sin mostrar lo que hará o dejará de hacer sobre lo que le fue propuesto. [...] Tiene en su corte más de veinte reyes gentios<sup>7</sup>, sus vasallos, tan grandes señores como el rey de Calicut, además de muchos otros ausentes que le pagan tributo, y de estos se fía mucho y entran en el palacio, donde no puede entrar ninguno de sus capitanes moros<sup>8</sup>.

Así es como los hindúes aceptaron el gobierno del emperador mogol. Akbar entendió, o conocía bien, la fuerza del hinduismo y la solidez de su repercusión en la estructura social de la India pero buscó, sobre todo, asegurar alianzas y mantener fidelidades. Quizás su estrategia lo convirtió en un gobernante políticamente abierto y flexible pero también moralmente ecléctico. Como musulmán, probablemente entendía que política y religión evolucionaban juntas y debían mantener un equilibrio. Por ese motivo no le supuso un esfuerzo respetar la otra gran religión territorial a la que pertenecía la zona conquistada. Tampoco le costó encontrar una fórmula que elevase el respeto que su pueblo debía sentir hacia él y que obligara a sus súbditos a venerarlo: recuperó la idea de divinidad imperial, influencia de la admirada cultura persa y en consonancia con las costumbres de los primeros emperadores hindúes<sup>9</sup>. Fue una estrategia política a la que hay que añadir el fuerte magnetismo personal del emperador y sus propios intereses religiosos en las últimas décadas de su reinado.

Según cuentan los biógrafos –de los cuales también Antonio de Montserrat dio fe– en las últimas décadas del reinado, hacia 1575, Akbar se sintió invadido de misticismo y se entregó a la oración. Es el episodio llamado *Din Illahi*, o fe divina<sup>10</sup>, que inicia un período de debates teológicos entre

<sup>7</sup> Nombre genérico dado por los portugueses a los pueblos considerados idólatras; por extensión, designa a los hindúes.

<sup>8</sup> António Monserrate, Op. cit., pp. 650-651.

<sup>9</sup> Percival Spear, Op. cit., p. 40.

<sup>10</sup> Percival Spear, Op. cit., p. 40-42.

representantes de distintas religiones, brahmanes, jainitas, zoroastrianos y también cristianos. Así es como se justifica la presencia de los jesuitas en la corte imperial; y la predisposición de Akbar y el trato respetuoso que los religiosos recibieron de él —«y algunas veces, hablando los Padres dentro con él a solas, los hacía sentar a su mismo nivel»— incluso les llevó a pensar que cabía la posibilidad de que el emperador se convirtiera al cristianismo, idea de la cual Montserrat no tardó en desconfiar: «mostró mucha afición hacia ellas [las cosas de nuestra santa fe]; lo que tiene en el corazón sólo Dios lo sabe. Él se ve en un compromiso, porque, si se inclina hacia nosotros, se amotan los moros; y como no se ha manifestado, esto nos lleva a pensar que todo puede ser fingido y será de poco servicio a Nuestro Señor la paz de estos estados<sup>11</sup>». Posiblemente la curiosidad de Akbar por el cristianismo fuera real pero, en el fondo, su actitud y las consecuencias de ésta permiten una lectura que va más allá de la mera información o de la posibilidad de conversión a una nueva fe. Podría decirse que, con el propósito de afianzar la fidelidad de musulmanes e hindúes, el emperador ensayó una forma de culto basado en su propia persona —y de marcada influencia zoroástrica— que exigía obediencia a los miembros de las dos grandes religiones de su imperio pero que no les obligaba a modificar sus principios religiosos. Creó un ecléctico culto al monarca que lo elevaba a una categoría de semidivinidad; una hábil maniobra que no se vio exenta de problemas ya que desembocó en una crisis política y religiosa instigada por musulmanes ortodoxos<sup>12</sup>.

En el mismo momento en el que se encontraban los jesuitas en la corte mogola, Muhammad Hakim Mirzâ, hermano de Akbar y virrey de la ciudad afgana de Kabul, encabezó una rebelión musulmana contra el emperador para conseguir la independencia de la zona e invadir el Punjab. Akbar se vio obligado a tomar medidas y aplastó el levantamiento al año siguiente. Desde el punto de vista de los intereses occidentales, un aspecto sugestivo de la rebelión de Kabul es que Montserrat acompañó a Akbar en la campaña militar a Afganistán y fue, de este modo, el primer jesuita que entró en dicho territorio. Montserrat viajó en calidad de tutor del príncipe Murad, segundo hijo del emperador, que también iba en la expedición, y aprovechó para incluir en su *Relação* una descripción de la incursión militar, de las características guerreras de los mogoles, de sus armas y del uso de elefantes, caballos y camellos en las batallas. Posteriormente, Montse-

<sup>11</sup> António Monserrate, Op. cit., p. 660.

<sup>12</sup> Percival Spear, Op. cit., p. 41.